

*Las fuentes clásicas de la utopía moderna:  
el Buen salvaje y las Islas Felices  
en la historiografía indiana*

Los textos de los primeros cronistas del descubrimiento de América nos revelan la idea central de dos motivos relacionados con la elaboración de la utopía moderna: la interpretación del encuentro entre los europeos corruptos y decadentes con los habitantes inocentes y felices de las islas nuevamente halladas por Colón; de este encuentro surge la comparación entre el indio y el europeo, favorable al primero. Esta actitud crítica ya se encuentra en los escritos de Colón y de Pedro Mártir, el primero descubridor y el segundo primer cronista oficial del descubrimiento. En estos textos, por primera vez, dos mitos seculares de origen clásico se funden en uno solo como consecuencia de la experiencia que la cultura del renacimiento tuvo del Nuevo Mundo.

El interés que este motivo tiene para entender cómo dos mitos clásicos adquieren significación en la edad moderna, es polifacético. De hecho, estos dos mitos representan al mismo tiempo, en primer lugar, el proceso por el cual, después del largo paréntesis medieval, el humanismo y el renacimiento recuperan la cultura clásica, y, en segundo lugar, y a diferencia de otros mitos clásicos, recobrados y elaborados por la cultura del renacimiento, cómo estos dos mitos se unifican para hallar su justificación empírica.

Los datos de la realidad contemporánea escrupulosamente analizados por los humanistas reforzaban en ellos la opinión que la civilización se estuviese corrompiendo y que se haría necesaria una renovación, la «renovatio» a la que se refieren en sus obras Leonardo Bruni, Pico della Mirandola, Marsilio Ficino, León Bautista Alberti y Fra' Girolamo Savonarola en los decenios que preceden al descubrimiento del Nuevo Mundo hasta los años en que el mismo ocurre. Du-

rante el humanismo del «Quattrocento» italiano, frente a la civilización corrupta y decadente se yergue como ideal el del hombre al estado natural. Una primera elaboración de este mito había sido hecha por Poggio Bracciolini en una carta escrita desde Baden en 1416. Este texto se inspira en la *Germania* de Tácito, una obra escrita para contraponer la decadencia romana a la dureza de costumbres de los pueblos germánicos. Es precisamente ésta la idea retomada por Bracciolini.

El descubrimiento del Nuevo Mundo sirvió de confirmación empírica a una actitud mental ya difusa entre los humanistas italianos del siglo xv. El acuerdo siempre mayor que se observa sobre este punto entre los humanistas europeos debería constituir el verdadero motivo unificador del pensamiento humanístico cristiano, es decir, de ese pensamiento que auspiciaba a una «renovatio», como puede verse en las obras de autores tan distintos como Lorenzo Valla, Leonardo Bruni, Pico della Mirandola, Marsilio Ficino, Fray Girolamo Savonarola, Erasmo de Rotterdam y Tomás Moro.

Las crónicas del descubrimiento ofrecen un punto de referencia y, en cierto sentido, de confirmación definitiva de la validez de esta interpretación potencialmente apocalíptica de la «renovatio». Es claro que una renovación podía verificarse solamente por la interpretación de un hombre nuevo, un hombre que no estuviese contaminado por la corrupción europea. Este hombre apareció con el descubrimiento del Nuevo Mundo. Entre los humanistas que teorizaron más y mejor sobre este tema, Montaigne y Campanella entendieron el descubrimiento en este sentido, con una insistencia en el aspecto moral en Montaigne y apocalíptico-religioso en Campanella.

El mito clásico se presenta como una alegoría de la decadencia y de la corrupción de las costumbres y de las virtudes del hombre. Este motivo se relaciona en los textos clásicos al de la edad de oro, concebida como aquel estado feliz de la virtud moral y del bienestar físico. La edad de oro es la «plenitudo temporum», auspiciada por los humanistas, la época del triunfo de la virtud, de la ciencia y de la sabiduría, de la verdad cristiana, mientras la corrupción se identifica como la edad de hierro, la época del triunfo de los vicios y de la violencia, la mentira y la avaricia, características de una civilización en decadencia.

En la *Odisea*, Homero había evocado los pueblos de la Libia «donde los corderos tienen cuernos desde el nacimiento y donde, desde el príncipe al pastor todos tienen lo suficiente de queso, víveres y leche fresca, porque las ovejas dan a luz tres veces al año...» (IV, v. 85-89) <sup>1</sup>

<sup>1</sup> He utilizado para las citas la edición crítica de Víctor Bérard, *L'Odyssee* (Les Belles Lettres, París, Tome I, 1955, p. 80; Tome II, 1955, p. 214).

y se había referido a la isla de Syros, «una isla que se halla sobre Ortigia, del lado de poniente. No está muy poblada, mas es un país rico ;vacas, montones y vino en abundancia y trigo en cantidad. Jamás se conoce el hambre, jamás las enfermidades, estos flagelos de los hombres infelices; mas cuando los ciudadanos han llegado a la vejez, el dios del arco de plata, Febo, acompañado por Artémides, los mata con sus flechas más dulces. Hay dos ciudades que se dividen el territorio; sobre ambas reina mi padre Ctesios, uno de los hijos de Ormenos, que se asemeja a los dioses inmortales» (XV, v. 403-414). Estas referencias demuestran que ya en Homero se da el mito de la felicidad del hombre en un país fabuloso, en el que las poblaciones tienen abundancia de todo, como los habitantes de Syros, y están libres de las plagas que azotan a la humanidad, del hambre, de las enfermedades y de las guerras, o como los habitantes de la Libia, que gozan todos de la misma abundancia de alimentos.

En *Las obras y los días*, Hesíodo representa las distintas edades de la raza humana, concebidas como cinco momentos sucesivos —la edad de oro, de plata, de bronce, de los semidioses y del hierro— de una involución que revela la decadencia del hombre. En la edad de oro los hombres constituyeron una «raza de oro» y vivieron como dioses, sin tristeza en su corazón, libres de sufrimientos y dolores. Cuando morían parecían entregarse a un sueño feliz y profundo. La tierra entregaba frutos en abundancia, sin que fuese necesario trabajarla (v. 109-118)<sup>2</sup>. Mas la raza siguiente, la que Hesíodo llama de plata, no era tan noble como la de oro. Estos hombres eran infelices a causa de su propia estulticia, además de ser grandes pecadores y ultrajadores de los otros hombres. Al no ofrecer los sacrificios debidos a los dioses, Zeus los borró de la faz de la tierra. La tercera raza, que Hesíodo llama de bronce, «terrible y muy fuerte», era inferior a la de plata. Estos eran muy crueles y violentos y se aniquilaron mutuamente hasta que no quedó ni uno. Entonces Zeus creó una cuarta generación de hombres, que Hesíodo llama de los semidioses, más nobles y justos que los otros. Las guerras los exterminaron en parte, mas a los demás Zeus dio como demora estable una isla lejana de los hombres, en los confines de la tierra. De manera que éstos viven sin sufrimientos en las islas felices, en medio de mares profundos, como héroes a quienes la tierra da trigo y frutos tres veces por año.

Después de estos semidioses felices que habitan las islas en los confines de la tierra, Zeus creó una quinta raza, la de hierro, y los hombres de esta raza «jamás cesan de sufrir los trabajos y los dolores

<sup>2</sup> He utilizado para las citas la edición crítica de Hugh G. Evelyn-White, Hesiod, *The Homeric Hymns and Homericica*, «Hesiod's Works and Days», Loeb Classical Library (Cambridge: Harvard University Press, 1959), p. 10. Los números de los versos se refieren a esta edición.

diarios, ni de perecer durante la noche: y los dioses los condenarán a sufrir continuamente. Mas no obstante ello, también éstos tendrán algo de bueno mezclado con algún mal. Y Zeus destruirá esta raza de mortales cuando ellos mostrarán desde el nacimiento los cabellos grises en las sienes. El padre no irá de acuerdo con sus hijos, ni los hijos con el padre, ni el huésped con sus invitados, ni el compañero con el compañero; ni el hermano querrá al hermano como en los primeros tiempos. Los hombres deshonrarán a sus padres y envejecerán pronto y se lamentarán, reprochándoles con palabras amargas, con corazón cruel desconocedores del temor de los dioses. Ellos no demostrarán su gratitud para los padres ancianos por el alimento recibido en la infancia porque tendrán muchas pretensiones y saquearán las ciudades ajenas. No reconocerán al que mantendrá la fe del juramento, ni al que es justo, ni al que es honesto; al contrario los hombres alabarán al malo y a su maldad. La fuerza será el derecho y no habrá más respeto por nada ni por nadie; y los fraudulentos dañarán a los hombres honestos acusándoles falsamente, perjurando en contra de ellos. La envidia, con su lenguaza, gozándose en el mal, con la cara alterada por la cólera, se presentará con los hombres depravados. Entonces la Virtud y la Némesis, con su aspecto dulce, envueltas en sus túnicas inmaculadas, abandonarán los senderos amplios de la tierra y prohibirán a los hombres unirse con los dioses inmortales; y dolores amargos serán sembrados entre los mortales y no habrá ayuda contra el mal» (v. 176-201).

En esta parte de *Las obras y los días*, en que trata de las cinco edades del hombre, Hesíodo ha concebido tres ideas que serán constantes en el pensamiento occidental: 1) la idea de la edad de oro; 2) la idea de una existencia feliz en las islas en los confines del mundo; 3) la idea de la edad de hierro como la de la corrupción y del mal. También resulta claro por estas referencias que Hesíodo concibe la historia del hombre desde el punto de vista moral. En esta concepción la caída o decadencia del hombre ocurre en un mundo que había conocido edades mejores, mientras que la felicidad, si existe, está en los confines de la tierra y, prácticamente, es inalcanzable. El humanismo, ya en Petrarca y en Salutati, había auspiciado la integración de la caridad cristiana con la moral de los clásicos.

Ovidio, en *Las Metamorfosis*, trata también el motivo de las edades diferentes del hombre, mas, en vez de distinguir cinco edades, distingue cuatro: la de oro, de plata, de bronce y de hierro. En Ovidio no hay la raza de los semidioses de Hesíodo, ni los Libios o la isla de Syros de la *Odisea*. Mas también Ovidio, como Hesíodo, tiende a indicar la decadencia y la corrupción del género humano, de un estado de inocencia donde el hombre vivió feliz sin ciudades, ni propiedad, ni armas, ni leyes, ni trabajos: «La misma tierra, sin que nadie la obli-

gara, ni la tocara con un arado o con la azada, daba de sí todo lo que fuese necesario al hombre. Y los hombres, contentos por el alimento recibido sin esfuerzo, cogieron los frutos de los árboles, fresas de las lomas de las montañas, cerezas de cornejo, membrillos nacientes en abundancia de las ramas espinosas de las matas y bellotas caídas de las amplias ramas del árbol de Zeus. La primavera duraba entonces para siempre y los céfiros agradables con sus soplos tibios se deleitaban con las flores que nacían sin que nadie los plantara. Entonces la tierra, sin ser cultivada, daba sus cosechas de trigo y los campos, sin arar, se volvían blancos de espigas llenas de trigo. Riachuelos de leche y de néctar dulce fluían y miel rubio se destilaba de las encinas verdes» (*Metamorfosis*, Lib. I, v. 101-112)<sup>3</sup>.

La cuarta y última edad, «la dura edad del hierro», es anunciada antes de todo por la pérdida de las virtudes y por la afirmación universal de los vicios: «... la modestia, la verdad y la fe abandonaron la tierra, y en su lugar llegaron los engaños, las intrigas y las trampas, la violencia y la maldita avaricia (...) y la tierra, que antes era común como la luz del sol y como el aire, fue cuidadosamente dividida por los intendentes con largas separaciones que marcaban los límites (...). Y ahora el hierro dañino había llegado, y el oro, aún más dañino que el hierro; y vino la guerra, que se combatió con ambos estos metales, y esgrimió en sus manos ensangrentadas las armas chocantes. Los hombres vivieron del saqueo. Los invitados no se sintieron amparados de sus huéspedes, ni el suegro del cuñado; hasta entre hermanos fue difícil hallar el afecto. El marido procuró la muerte de la mujer y ésta la del marido; suegras asesinas prepararon sus brebajes letales y el hijo inquirió, antes de tiempo, por la edad de los padres. La piedad cayó vencida y la virgen Astrea, la última de los inmortales, abandonó la tierra impregnada de sangre» (*Ibidem*, v. 129-150)<sup>4</sup>.

En Tácito, por primera vez, este motivo de la edad de oro y del buen salvaje sirve para presentar una situación históricamente verdadera, en su descripción de la vida y las costumbres de los pueblos germánicos. En su *Germania*, el historiador romano expone la virtud viril, el valor, el coraje, la rectitud y las costumbres sexuales de estos pueblos para oponerlos obviamente a la corrupción de la sociedad romana de su tiempo. El no deja de revelar las costumbres y los excesos, como la propensión a la ebriedad, al juego y a la violencia de los Germanos, mas resulta claro del texto que el historiador quiere presentar un claro contraste entre Germanos y Romanos. Esta oposición adquiere valor moral, como puede verse en ciertos pasajes, como aquel en

---

<sup>3</sup> He utilizado la edición crítica de Justus Miller, Ovid, *Metamorphoses*, Loeb Classical Library (Cambridge: Harvard University Press, 1971), vol. I, pp. 8-10. Los números de los versos se refieren a esta edición.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 10-12.

que Tácito refiere que los guerreros germanos «retiran los cuerpos de sus camaradas hasta en las batallas inciertas. Abandonar el escudo es la vergüenza máxima y se prohíbe la asistencia a las ceremonias y la entrada a la asambleas al hombre que se ha cubierto de esta ignominia; muchos supérstites de las guerras han puesto fin a su infamia ahorcándose» (VI)<sup>5</sup>. El mismo fin moralístico y didáctico se percibe en la descripción de la elección de los jefes germanos: «Eligen a los reyes por su nobleza y a los generales por su valor» (VIII)<sup>6</sup>. El coraje de los antiguos germanos se basaba en su amor por sus mujeres y por sus hijos: «... lo que acucia de manera singular su coraje no es ni el caso, ni un ordenamiento accidental de los órdenes o de la falange, sino la familia y los parientes; y sus seres queridos están tan cerca que desde allí le llegan los gritos de sus mujeres y el llanto de los niños. Estos son para cada uno los testigos más sagrados y los mejores alabadores; ellos se llegan con sus heridas a sus madres y a sus mujeres y ellas no se amedrentan de contarlas y examinar las llagas, y también llevan a los combatientes alimento y exhortaciones» (VII)<sup>7</sup>. Es tanta la fuerza de este amor para sus mujeres y para la libertad que a menudo la visión de sus pechos desnudos y sus lamentos les han hecho hallar el coraje para vencer una batalla que ya parecía perdida (VIII). Las costumbres matrimoniales de los Germanos son también ejemplares, entre todos los otros bárbaros: «He aquí entonces que sus esponsales son castos y no hay nada en sus costumbres que merezca más elogios. Porque, casi únicos entre los bárbaros, se contentan de una sola mujer...» (XVIII)<sup>8</sup>. La intención moralística de Tácito es implícita y es evidente en el capítulo XIX, donde dice: «Ellos viven muy virtuosamente y no conocen por su parte ni las seducciones de los espectáculos, ni la excitación de los banquetes. Hombres y mujeres por igual ignoran los secretos de la literatura. En una nación tan numerosa los adulterios son extremadamente raros, el castigo es inmediato y está reservado al marido; él le corta los cabellos, la desviste desnuda en presencia de sus parientes y la arroja fuera de su casa, dándole con el látigo a lo largo del camino que atraviesa el pueblo; la virtud que no supo defenderse no halla ninguna indulgencia: ni la belleza, ni la juventud, ni las riquezas le harán hallar jamás un marido. Porque entre ellos nadie se mofa de los vicios y nadie dice que es "el signo de los tiempos" de corromper y ser corrompido (...). Limitar el número de los hijos o matar a uno

<sup>5</sup> He utilizado la edición crítica de Jacques Perret, Tacite, *La Germanie* (Paris, Les Belles Lettres, 1967), p. 74. Los números de los capítulos se refieren a esta edición.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 74.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 75.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 81.

de los que nacen después del primogénito se considera un delito infame, y entre ellos las buenas costumbres tienen una fuerza mayor que las buenas leyes en otras partes» (XIX)<sup>9</sup>. Tácito elogia también la sabiduría de los Germanos cuando describe las deliberaciones en las que antes beben abundantemente para revelar mejor sus intenciones en público y, al día siguiente, deciden lo que deben hacer: «Este pueblo, que no conoce ni la astucia, ni la malicia, revela aún mejor los secretos de su corazón en la libertad de la intención sin fines secundarios; de manera que el pensamiento de cada uno se revela en su integridad. El día siguiente se vuelve a considerar el asunto y se respetan las conveniencias de cada ocasión: ellos deliberan cuando no saben fingir y deciden cuando no se pueden equivocar» (XXII)<sup>10</sup>. Se podrían interpretar estas palabras de Tácito como un comentario sobre la infalibilidad del instinto natural, en oposición a la política elaborada y llena de astucias del Imperio Romano porque estaba basada en las convenciones civiles, que en Tácito, por oposición a la espontaneidad de los Germanos, se sienten como maniobras disimuladas y calculadas para engañar al prójimo. De hecho en otras partes de la obra se puede percibir esta admiración implícita de Tácito para la derechura alcanzada por los Germanos en una sociedad que no conoce ni los vicios ni las convenciones propias de los pueblos civiles. De los atletas que en las fiestas hacen volteretas desnudos entre espadas bien afiladas, él dice: «El ejercicio ha hecho nacer el arte y ésta la belleza, pero sin una finalidad de provecho o compensación. De este pasatiempo, por otra parte temerario, el único premio es el placer de los espectadores» (XXIV)<sup>11</sup>. Los Germanos ignoran la codicia de la ganancia y la usura: «La actividad de la ganancia y del préstamo a interés le son desconocidas; y así están excluidos mejor que si fueran prohibidos» (XXVI)<sup>12</sup>.

En la conclusión de su descripción de los Germanos Tácito advierte a sus conciudadanos del grave riesgo que los amenaza porque los Romanos aún no han vencido a este pueblo indomable, «porque en tiempos recientes los hemos derrotado, pero no vencido (XXXVII)<sup>13</sup>.

En su diálogo *Saturnalia*, Luciano evoca la edad de oro por boca de Cronos, la divinidad que reinaba durante la semana de las celebraciones: «... y yo reino nuevamente para recordar al género humano cómo era la vida bajo mi dominio, cuando cada cosa crecía de por sí sin necesidad de tener que cortar, ni de arar —no solamente espigas de trigo, sino pan cocido y carnes preparadas—. El vino corría como

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 82.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 84.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 85.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp. 85-86.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 93.

un río y había fuentes de miel y de leche, porque todos eran buenos, de oro puro. Esta es la razón de mi dominio breve, y el motivo por el cual doquier que golpean las manos y cantan y se entretienen en juegos y cada uno, esclavo u hombre libre, se considera tan bueno como su vecino. Ves, no había esclavitud en mis tiempos»<sup>14</sup>. El interlocutor de Cronos, el sacerdote, imagina cómo sus contemporáneos recibirían a uno de los hombres de oro de los tiempos de Cronos: «... supongamos que uno de tus hombres hechos de oro batido llegara a este mundo para que todos lo vieran, ¡qué momento desagradable pasaría el pobre hombre en manos de la gente! Ellos ciertamente acudirían a él para desgarrarle los miembros...»<sup>15</sup>. Un personaje del diálogo, Cronosolon, imagina las leyes que deberían promulgarse durante la semana de las Saturnalias. La primera ley sería que «cada uno debe ser tratado igual que los otros, esclavos y hombres libres, pobres y ricos»<sup>16</sup>. Además el autor imagina que él mismo le escribe a Cronos para confesarle su propia pobreza y la injusticia de la existencia de pocos ricos y de muchísimos pobres y que por ello sería necesario redistribuir la riqueza para que hubiese una sociedad más justa<sup>17</sup>. No obstante el tono irónico, este diálogo logra expresar una preocupación auténtica de reforma social.

Los cinco textos citados hasta ahora constituyen una buena selección del pensamiento clásico sobre el tema del buen salvaje concebido como el hombre bueno porque aún al estado de natura y, por lo tanto, modelo de virtud, en oposición a una sociedad corrupta, como en Hesíodo, Ovidio y Tácito, o a veces como arquetipo de una sociedad feliz porque desconoce la pobreza, la enfermedad y los dolores que siempre acompañan la vida de los mortales, como en Homero y en Luciano. Además, en Hesíodo, Ovidio, Tácito y Luciano se distingue el motivo social de la codicia como el vicio típico de la sociedad contemporánea y la ausencia de la misma en la sociedad de natura. Pero es en Tácito que por primera vez se verifica la aplicación de un tema literario a un grupo humano real, es decir, los Germanos. Es éste el motivo que prevalecerá en la literatura del descubrimiento y de la conquista del Nuevo Mundo. El motivo de la edad de oro y de la decadencia coexistirá con el del buen salvaje y en ciertos cronistas, como en Quiroga, constituirá el motivo inspirador de su obra de reformador.

Antes del humanismo este motivo de la edad de oro aparece en Dante: «Quelli ch'anticamente poetaro / l'età de l'oro e suo stato fe-

<sup>14</sup> He utilizado la edición crítica de K. Kilburn, *Lucian*, «Saturnalia», Loeb Classical Library (Cambridge: Harvard University Press, 1959), vol. VI, p. 99.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 101.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 107.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 115-117.

lice, / forse in Parnaso esto loco sognaro» (*Purgatorio*, XXVIII, v. 139-141). En los versos de Dante la referencia ilumina la tradición clásica, de la que es parte Virgilio, presente allí cerca de Dante, desde un punto de vista místico-cristiano, y se relaciona a su vez a una realidad que supera la vida terrena. Como hemos anticipado, el humanismo italiano no podía quedar extraño a este motivo de la edad de oro y del buen salvaje como el hombre bueno porque vive al estado de natura. Mas, a diferencia de Dante, el humanismo ve en este motivo una perspectiva terrena e histórica, la posibilidad de aplicar sus consecuencias teóricas a una nueva interpretación de la vida y del hombre, ni místico ni religiosa, sino laica y científica. Hemos recordado ya el texto de Bracciolini. En la concepción del humanismo hay una confianza en la enorme capacidad y bondad de la naturaleza guiada por la razón humana. Por este motivo algunos de los humanistas más grandes examinaron con gran interés los pueblos de Europa, porque los consideraban como sociedades al estado natural. Y, por lo tanto, más cercanos a la sabiduría y potencia de la naturaleza.

En su carta escrita al amigo Niccoló Niccoli desde Baden en 1416, Poggio Bracciolini describe a los Germanos comparándolos a los Italianos y confesando que la simplicidad natural, el comportamiento amistoso y el carácter bueno de los Alemanes era muy superior a la avaricia, la sospecha, la envidia y los celos de los Italianos. De hecho él decía que admiraba tanto a los Germanos que había pensado que fueran los ciudadanos perfectos de la *República* de Platón por su sabiduría innata: «Nada es tan difícil en sus costumbres que no llegará a ser fácil. Ciertamente ellos habrían podido vivir en la República de Platón porque ellos poseen todo en común y aún si no conocieran sus doctrinas estarían preparados para sus enseñanzas»<sup>18</sup>. En este texto la fuente de Tácito no solamente constituye el material de información sobre el tema de los Germanos, tradicionalmente concebidos así como «buenos salvajes», sino como inspiración para continuar la oposición ya concebida por Tácito, Germanos-Romanos, con la nueva oposición Alemanes-Italianos. Esta nueva oposición es tanto más significativa porque los Alemanes de Poggio se conciben como los habitantes ideales del estado ideal del humanismo, es decir, la *República* de Platón, el modelo clásico de la utopía, el género que más y mejor de cualquier otro encierra los ideales del humanismo. Como ha demostrado Garin, el renacimiento a menudo concibió al hombre ideal y a su residencia perfecta en la tierra con una visión que superó la cruda realidad contemporánea: «Le règne de Saturne, l'âge d'or occupent les esprits

---

<sup>18</sup> «Nihil est tam difficile quin eorum moribus facile fiat. Plane in *Politam* Platonis convenissent, ut omnia essent communia, cum etiam absque eius doctrina tam prompti in ipsius sectam reperiantur» (*Prosatori latini del Quattrocento*, ed. E. Garin, Milano-Napoli, Ricciardi, 1952, pp. 222-224).

avec d'autant plus de force qu'ils semblent plus éloignés de la terre. Le chancelier de la République florentine Leonardo Bruni, mort en 1444, nous raconte lui-même qu'il recherchait les textes de Platon alors que le choc des luttes civiles secouait les murs des palais solennels»<sup>19</sup>. El texto de Poggio anticipa la visión humanística de las crónicas del descubrimiento en autores tan diversos como Colón, Pedro Mártir, Las Casas, Quiroga y Montaigne, quienes escribieron sobre el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo.

En orden de tiempo el primero que describió a las nuevas poblaciones del Nuevo Mundo fue el mismo descubridor, Cristóbal Colón. Ellas le aparecieron como gentes dóciles, temerosas y maravilladas de los hombres que descendían del cielo, es decir, de los Españoles que habían acompañado al Almirante en su histórica travesía. Las islas y la tierra firme descritas en su *Diario* aparecen como tierras benditas por su clima templado y la abundancia de frutos. A fines del relato del primer viaje Colón identifica a estas islas con el Paraíso Terrenal: «En conclusión, dice el Almirante que los Santos Padres y los sabios filósofos dijeron que el Paraíso Terrenal está en el Extremo Oriente porque es un lugar muy templado»<sup>20</sup>. En Colón se verifica una novedad importante: el mito clásico de la edad de oro y del buen salvaje está decididamente asimilado a la tradición bíblica de la caída del Paraíso Terrenal y del redescubrimiento del mismo en el Nuevo Mundo. En este sentido Colón está más cerca de Dante que de Braccio lini o de Leonardo Bruni, con la diferencia que, mientras el viaje dantesco es de carácter místico-religioso y es posible por la intervención milagrosa de Beatriz, el de Colón tiene un carácter decididamente empírico, mas el navegante lo siente como la realización de una misión religiosa que no le abandonará jamás.

Uno de los primeros cronistas del descubrimiento y de la conquista del Nuevo Mundo fue Pedro Mártir de Anglería, nombrado por la corona española primer cronista oficial del Nuevo Mundo. Con Pedro Mártir la tradición del buen salvaje adquiere su significación más plena, sobre todo porque sus escritos, las ocho *Décadas De Orbe Novo* y las cartas escritas también en latín, fueron inmediatamente circuladas a la corte del Papa y en otras cortes italianas donde Pedro Mártir tenía amigos influyentes. De manera que sus escritos fueron divulgados en todos los centros culturales europeos.

Desde la *Primera Década*, Pedro Mártir siente claramente que el descubrimiento es la relación de la edad de oro. Es muy significativo

<sup>19</sup> Eugenio Garin, *La Renaissance, histoire d'une révolution culturelle* (Marabout Université Verviers: Des Presses de Gerard & Co., 1970), p. 9.

<sup>20</sup> En Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, edición y prólogo de Ignacio B. Anzoátegui (Madrid: Colección Austral, Espasa-Calpe, 1971), p. 147.

que él explique la validez de este punto de vista indicando la similitud entre el estado feliz de los indios desnudos y el de las poblaciones itálicas halladas por Eneas, así como Virgilio las describió en la *Eneida*, mas Pedro Mártir cree que estos isleños de La Española son más felices que aquellos del Lacio a condición que ellos puedan aprender la verdadera religión, porque ellos viven desnudos en una verdadera edad de oro, sin pesas ni medidas, ni jueces deshonestos, ni libros y, sobre todo, sin el dinero mortífero, satisfechos de los dones de la naturaleza y sin preocupaciones para su futuro<sup>21</sup>. La importancia de este fragmento consiste en el hecho de que el estado feliz de los indios se concibe como la antítesis del estado europeo contemporáneo. Aquellas cosas que les faltan a los indios —pesas y medidas, el dinero mortífero, los jueces deshonestos, los libros y la incertidumbre del futuro— son todos elementos que abundan en un estado civilizado. Ellos viven al estado de natura y Pedro Mártir pone el énfasis sobre aquellas características que se han vuelto parte esencial de la tradición utópica: la ausencia de propiedad privada y por lo tanto de la codicia de los bienes materiales que la acompaña; la bondad de los nativos que no poseen ninguna de las malicias, traiciones o engaños comunes a los hombres civilizados y que, a causa de sus cualidades naturales, se convierten fácilmente a la fe cristiana, la superioridad de las leyes de la naturaleza vistas en oposición a las concebidas por el hombre; y el desprecio por el dinero y los metales preciosos. Para demostrar la superioridad de la vida al estado natural Pedro Mártir describe cómo algunos españoles naufragaron y para sobrevivir se unieron a una tribu de indios, haciendo vida en común con ellos durante dieciocho meses hasta que fueron rescatados. Pedro Mártir dice que ellos estaban muy contentos porque habían vivido sin querellar sobre lo «mío» y lo «tuyo», sobre el «dame» y el «no te doy», que son las dos cosas que matan al hombre aún en vida (II, 231). En otras palabras Pedro Mártir cree que el vivir según el estado de natura puede modificar también las malas costumbres de los europeos. Esta fe en la infalibilidad del sistema natural es un aspecto fundamental en el desarrollo del género de la utopía moderna, tan íntimamente relacionado con el descubrimiento del Nuevo Mundo<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> En Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, 2 vols., estudio y apéndice por el Dr. Edmundo O'Gorman; trad. del latín del Dr. Agustín Millares Carlo (México: José Porrúa e hijos, 1964), I, p. 121. Las referencias a esta obra están en paréntesis con el número del volumen y de la página.

<sup>22</sup> Recientemente, quien escribe ha organizado un simposio internacional sobre el tema «Utopia and the American Continent» al que han participado estudiosos de muchos países. Los participantes han tratado de demostrar, a mi parecer convincentemente, que la utopía moderna, desde la de Tomás Moro en adelante, está directamente relacionada con el descubrimiento del Nuevo Mundo. El congreso se ha desarrollado en la McMaster University desde el 30 de marzo al 1.º de abril de 1978.

Los cronistas posteriores a Pedro Mártir insistieron sobre el motivo del buen salvaje encuadrándolo en un designio utópico que podríamos definir la utopía cristiana del Nuevo Mundo y cuyas características serían las siguientes:

1. Hay un elemento fuertemente religioso y moral en la concepción del buen salvaje del Nuevo Mundo.
2. Los indios son más aptos que los europeos para vivir en una república verdaderamente cristiana.
3. La nueva república es superior a los estados europeos porque los hombres que la habitan son moralmente superiores.
4. Las nuevas comunidades establecidas en América, sea por Vasco de Quiroga o Las Casas, o más tarde por los Jesuitas en el Paraguay, se caracterizan por sus reformas radicales, tanto sociales como económicas. Por ejemplo, en las «Reducciones» jesuíticas del Paraguay no había propiedad privada, ni jueces, ni causas.
5. El enemigo peor de este nuevo estado es el europeo, que pretende ser cristiano, mas que en realidad ha venido al Nuevo Mundo para satisfacer su codicia y su ambición.
6. Estos movimientos de reforma tienen cierta semejanza con ciertos movimientos protestantes que también trataron de defenderse contra la influencia corruptora del Papado.

El Nuevo Mundo le ofreció a Tomás Campanella la solución a uno de los problemas más graves enfrentados por el renacimiento: cómo rescatar el espíritu original del cristianismo de la corrupción de la Iglesia. El intento de reanimar la pureza del espíritu del cristianismo primitivo se remonta a fines del primer milenio después de Cristo, cuando se creyó que el fin del mundo fuera inminente. Joaquín de Fiore es el que mejor representa esta visión apocalíptica. El redescubrimiento de la cultura clásica que tuvo lugar durante el renacimiento complicó aún más esta aspiración a la renovación. El fracaso de la utopía florentina de Savonarola y la muerte del predicador dominico por orden del Papa Alejandro VI fue sólo un ejemplo del conflicto entre los que hubieran querido restituir el cristianismo a su pureza primitiva, por un lado, y el Papado, por el otro. Mas el Nuevo Mundo estaba libre de la corrupción y estaba habitado por hombres dóciles y pacíficos que vivían en una edad de oro de pureza y sabiduría natural. Por eso el Nuevo Mundo era la sede ideal para construir la Nueva Jerusalén. La Iglesia de Cristo habría dejado Roma, la sede de su corrupción, y se habría restablecido en el Nuevo Mundo donde, restaurada a su pureza original, habría nuevamente reinado suprema.

El mito del buen salvaje en las crónicas del Nuevo Mundo es inseparable de la formulación de la utopía moderna. De la tradición clásica

los tiempos modernos han asimilado un mito en que el nuevo sentido de la justicia y de la igualdad pudiese inspirar el hombre a la renovación de una sociedad envejecida. El mito influyó posteriormente sobre otros autores, desde Montaigne hasta Rousseau. Mas, como a menudo ocurre, la nueva sensibilidad sabría hallar en el mito clásico una nueva fuente de especulación, confirmando su ilimitada vitalidad y validez.

STELIO CRO  
McMaster University